

IV .

Aurora no amaba al hombre á quien se habia unido, con esa afeccion necesaria para ser felices y para marchar con valor por la áspera vía del matrimonio: le profesaba una inclinacion tierna, acaso por ser la primera que en su vida habia sentido: pero esto no era bastante para ocultarle los groseros defectos de que aquel hombre adolecia, y que son insoportables en la vida íntima.

Apenas se preparaban los dos hermanos á entablar á su madre el pleito por medio del cual trataban de despojarla, cuando supieron por el Párroco, que escribió al Notario que la familia tenia en Madrid, la muerte de aquella madre infeliz.

El severo Sacerdote no usaba de rodeos, y decia al Notario que él, en su conciencia, tenia por los asesinos de la viuda de Megía á sus dos hijos.

Aurora quedó aterrada con esta carta: su marido, que era de cortos alcances, y que no tenía tampoco la educación necesaria para ostentar buenas formas, se rió de lo que él llamaba homilias del Cura, y Aurora se resintió profundamente de aquella indiferencia.

Para probar el poco caso que hacía de todo aquello, Agustín entabló una demanda judicial contra su padre: pero el antiguo guarda-bosque era hombre de gran aplomo y que no se sofocaba por poca cosa: así fué que terminó muy pronto el asunto, escribiendo á su Abogado lo siguiente: "que viéndose abandonado por su hijo, solo en el mundo, con cuarenta y seis años de edad, y, á su parecer, con una figura muy pasable aún, se había vuelto á casar con una linda muchacha de su pueblo, con la que lo pasaba muy bien: que siendo todos los bienes suyos, como que los había heredado de su hermano, nada tenía que dar á su hijo, puesto que su primera esposa y él mismo, eran en extremo pobres cuando Agustín vino al mundo: y finalmente, que hiciese entender á éste, que hasta después de su muerte no tenía derecho á nada, y que, si no mudaba de opinión, lo que es por entonces, no pensaba darle un cuarto, pues-

to que no merecía otra recompensa el haberle abandonado del modo que lo había hecho.

En vista de esta carta, el Abogado aconsejó á Agustín que desistiese de pleitear, porque no sacaría nada en limpio.

Agustín quedó, pues, sin oficio ni beneficio y teniendo que comer y que vestir á costa de su mujer, lo que no le era muy agradable, pues estaba lleno de vicios y de pretensiones.

Con la muerte de su madre, los dos hermanos quedaron en completa posesión de su pingüe fortuna, y no queriendo ir á la quinta donde había muerto, y que debía despertar crueles remordimientos en su alma, dieron orden al Notario de venderla.

Aurora ansiaba los placeres y las diversiones para ver si conseguía ahogar dos sordos dolores que la martirizaban: el de la muerte de su madre, y el de haberse casado con Agustín.

Un mes después de verificado su casamiento, se sentía ahogada por el nudo que formaba como si fuera su dogal.

—¿Qué he hecho yo? se decía: ¿á qué no podría aspirar hoy rica, bella, y viviendo al lado de mi hermano, en una libertad completa? ¡qué partidos hubiera tenido! ¡qué dichosa podía ser,

y ahora héme aquí atada á un hombre indigno de mí, á un hombre pobre, que no tiene en el mundo posicion alguna, que no es ni será nunca nada, y al que no amo, ni he amado jamás!

Aurora, cansada de lamentarse sola, empezó á lamentarse á su hermano, quien, llevado de la grosería de sus instintos, y cansado por otra parte de oírla, solo supo responderle:

—Busca el modo de divertirme por tu lado.

—¿De qué modo? preguntó la jóven.

—Del modo que te parezca: ¿te faltarán adoradores?

—¿Pero crees tú que yo debo divertirme así?

—Creo que el que se muere de fastidio, como tú dices que te sucede, debe divertirse de cualquier modo que sea: por otra parte, tu marido es un bruto que no merece nada.

Aurora desechó aquel consejo, como malo, diciéndose que era peor el remedio que la enfermedad: su corazón no palpitaba por nadie, y era más bien un pajarillo jóven que dormía en su nido.

Su marido y su hermano hacían una vida igualmente disipada, si bien de distintos modos.

German tenía amigos en la aristocracia, iba al casino, y paseaba á caballo: daba y recibía

grandes comilonas, y obsequiaba siempre á alguna actriz del circo ecuestre, ó á alguna partiquina de la ópera.

Agustin iba á los toros, merendaba en los figones, jugaba al billar en un café ahumado, y se paseaba por el mercado para ver á las cocineiras cuando iban á la compra, sin dejar de echar á la de su casa, y aun á Joaquina, la doncella de su mujer, todas las flores y galanterías que había aprendido, que eran pocas y vulgares.

Sin embargo, todas sus dulces palabras se estrellaban en la seriedad de Joaquina, que estaba aun segura de la conquista de German.

Una tarde que se hallaba cosiendo en la sala de labor, entró German en ella, se sentó en el sofá y encendió un cigarro.

Joaquina dejó la labor y fué á sentarse á su lado haciendo arrumacos.

—Joaquina, no te canses, le dijo su antiguo adorador: no estamos ya en la casa de campo, no me gustas aquí como allí.

—¡Vaya! ¡que está Vd. galante! murmuró ella poniéndose roja, como una amapola, de ira.

—¿Pues qué quieres que haga, engañarte?

—Eso sería algo más generoso, repuso Joaquina, que la echaba de sentimental.

—¡Pero hija, si me mueles con tus gestos y tus miraditas, y cuanta más gente hay delante, mejor lo haces... ¡Me diste ayer un almuerzo!... ¿qué dirían mis amigos?

—¡Que le quiero á Vd.; y eso á mí nada me importa!

—¡Pues á mí sí! justamente el uno era el Marqués del Prado, con cuya hermana desean que me case.

—¿Quién lo desea? ¿será Vd. acaso! exclamó Joaquina, que se puso aun más roja que lo que estaba.

—Lo desea mi familia.

—¿Qué familia? ¿acaso tiene Vd. familia?

—¿Quién es, pues, mi hermana?

—¡Ah! es la señorita Aurora la que desea esa boda.

—Claro está.

—¡Y Vd. la desea más!

—Yo creo que me conviene: Camila es jóven, bonita y muy rica.

—¡Pues, para Vd. será!

—¿Qué sabes tú?

—Por sabido: buscarán otro Conde ó Marqués.

—No te metas en historias: lo que te encar-

go, es que me dejes en paz, porque ya te digo que ahora no es aquel tiempo, en que, no sabiendo qué hacer, te galanteaba: ahora me falta el tiempo para todo.

—¿Luego yo era un pasatiempo para Vd.?

—¡Sí por cierto!

—¡Vaya una infamia!

German, cansado ya de disputar con aquella mujer porfiada, tomó el partido de marcharse.

—¡Ah! exclamó la camarera así que se vió sola: ¿con que es su hermana la que le quita de la cabeza el que se case conmigo, eh? ¡yo me vengaré, y no he de tardar! solo deseo que llegue la ocasion para aprovecharla, ¡y pobre de ella! no la dejaré escapar.

Joaquina, animada de tan perversas disposiciones, redobló sus atenciones para con Aurora, y afectó desistir de sus miras acerca de German, quien, por su parte, huía de encontrarla, y jamás le dirigía la palabra cuando pasaba por su lado, ni le pedia nada para su servicio.

Entre tanto, Aurora, aquella Aurora odiada por Joaquina, olvidada por su marido é indiferente para su hermano, vivía sola, y cada dia más infeliz: no podía salir con su hermano, que jamás la convidaba á ello; ménos con su

marido, á quien ella no hubiera querido acompañar: pasábase los días sumida en la inacción, y las noches sola en su cuarto, durmiendo algún rato en un sillón, y otros aburriéndose, y hasta atormentada por visiones que forjaba su imaginación acalorada y enfermiza.

Tal situación era mortal para una jóven de diez y ocho años, y ella misma se dijo, comprendiéndolo, que no podía durar, y que debía poner los medios para que terminase.

Una noche se hallaba sola en su cuarto y dormitando en un sillón, cuando llamaron á la puerta.

El criado de la antesala abrió, y Aurora oyó una voz varonil que preguntaba:

—¿Está en casa German?

—Creo que no, señor Marqués, repuso el criado: pero está la señora, y ella podrá decir á Vd. donde se halla.

—Me alegraré, repuso el Marqués, pues es cosa urgente para lo que le necesito.

—Pase Vd. pues, caballero.

Aurora no tuvo tiempo para más, que para acercarse al espejo, alisar un poco las hermosas madejas de sus cabellos, y ajustar algún tanto el cordón que ceñía su delicado talle.

Aun se hallaba de pié delante de la chimenea, cuando entró un jóven de bella y elegante presencia, y vestido con gran distinción.

Era el tipo opuesto á Agustín, y aun German se quedaba tan por debajo de él, que hubiera, parecido ordinario hasta para ser su ayuda de cámara.

—Señora, dijo al ver á la jóven: ¿es á la hermana de mi amigo Megía, á la que tengo el honor de hablar?

—Sí, caballero, respondió Aurora: la misma soy.

—Por esta vez, la fama no ha mentido, dijo con galantería el recién llegado.

—¿La fama se ocupa de mí? preguntó Aurora con extrañeza.

—Sí señora.

—¿Y qué dice?

—Que es Vd. bella.

—¿Nada más?

—Y buena como un ángel: y que está Vd. dotada de gran talento.

—¡La fama es galante! repuso Aurora con aire de dulzura y de admiración.

—Por esta vez, señora, solo es justa: ¿pero dónde se halla su esposo de Vd.? quisiera saludarle.

—Mi esposo, caballero, no está en casa en este momento.

—¿Y vendrá pronto?

—Creo que no: á lo ménos, no es esa su costumbre.

—Le compadezco, dijo el Marqués del Prado con galantería, como compadezco tambien á German.

—¿Y por qué, caballero? preguntó Aurora con coquetería.

—Porque dejan el lado de Vd.

—Acaso será para ir á buscar alguna distraccion, que les sea más agradable que mi compañía.

—Precisamente si es esa la razon de no estar en su casa, les compadezco más: me parece que en ninguna parte del mundo pueden ser más dichosos que disfrutando de la dulce compañía de Vd.

—Eso es pensar con galantería, repuso Aurora; pero no es pensar como hermano ni como marido: cuando Vd. lo sea, hará lo mismo que hacen German y Agustin.

—No sé si me casaré algun día, señora, dijo el Marqués: pero si tengo la suerte de llamar esposa á una mujer que se parezca á Vd., seguramente no me separaré de ella.

—¡Ah! exclamó Aurora; eso es mucho asegurar.

—Tengo en mi abono ahora la asidua compañía que hago á mi hermana, dijo el Marqués: amo tiernamente á Camila.

—Y no es Vd. solo, pues creo que mi hermano, al que Vd. culpa por no estar conmigo, halla tambien encantadora á la señorita Camila, á cuyo lado quizá se hallará en este instante.

El Marqués se quedó algo cortado con esta contestacion, por dos razones.

La primera, porque no le agradaban en manera alguna los amores de su hermana con German.

La segunda, porque veia á Aurora enterada de estos amores.

—Yo no sé, dijo procurando eludir la cuestion, si German se hallará ahora en mi casa: á él debo disculparle, porque, al fin, el cariño de hermano tiene un carácter especial de templanza: yo mismo dejaria mil veces á Camila por venir al lado de Vd.

—Señor Marqués, dijo Aurora con coquetería, no tengo yo la presuncion de creer lo que Vd. me dice: pero si alguna vez quiere venir

á acompañarme en mi soledad, yo se lo agradeceré mucho.

El Marqués conoció la debilidad de aquella plaza, y se dijo que le costaría muy poco ganarla; pero como Aurora era realmente muy bonita, y él no tenía ningun quehacer, continuó la conversacion despues de inclinarse en silencio, ante el imprudente ofrecimiento de Aurora, sin contestar á él ni una sola palabra, y volviendo á anudar la cuestion en el sitio que le parecía más interesante.

—Decía, señora, prosiguió, que perdono á German, pero que hay otra persona á la que no puedo perdonar por dejarla á Vd. sola.

—¿Otra persona?

—Sí por cierto: su marido de Vd.

—¡Ah, caballero! ¿quién se admira de lo que hace un marido? exclamó Aurora con una alegría á través de la cual se veía mucha amargura: un marido hace todo lo que quiere, sobre todo, si lo que quiere incomoda á su mujer.

—Soy en esto de la opinion de Vd., dijo el Marqués, quien, en efecto, era enemigo de los maridos y muy aficionado á las esposas jóvenes y bonitas: no hay nadie más injusto que un marido; y como no deseo volverme ariseo y

odioso, tardaré á serlo todo el tiempo posible.

—¿No ama Vd. á nadie?

—Hasta hoy, no.

—Sin embargo, viviendo en esa sociedad, que pasa todas sus horas entre fiestas y placeres...

—¡Ah, señora! exclamó el Marqués, esta vez con acento de verdad y de profunda conviccion, ¡si Vd. supiera lo que es esa sociedad que tanto deslumbra á los que la ven desde lejos... toda farsa, mentira y desorden! ¡si Vd. supiera cuánto fatigan esos bailes á los que las mujeres van á ostentar diamantes que deben quizá al joyero, á los que los hombres van á lucir una banda ó una gran cruz, á disimular un fastidio mortal, ó á estrechar la mano de una persona que aborrecen, pero á la que les es forzoso adular!...

—Veo, dijo Aurora, que es preciso que todo el mundo se queje, así los que tienen razon como los que están faltos de ella.

—¿Y me cree Vd. á mí de los primeros ó de los últimos?

—Del número de los que no la tienen.

—¿Luego me cree Vd. á mí dichoso?

—Creo, á lo ménos, que debería Vd. serlo,

Rico, noble, amado de su familia, como lo será, ¿qué falta á su felicidad?

—Yo mismo no lo sé, respondió el Marqués elevando al cielo sus ojos, como si no hallase en la tierra lo que faltaba á su dicha: algo me falta, porque hay dentro de mí un inmenso vacío: nuestras fiestas me aburren: nuestros convites me cansan.

—¿Y ese hermoso paseo que ostenta por las tardes todo lo más bello y elegante que hay en Madrid?

—¿La Fuente Castellana? haga Vd. cuenta que es un salón al aire libre: un baile que tiene lugar con la luz del día: la misma atmósfera helada y maligna se respira allí, que en un gran sarao: el mismo aire envenenado por los miasmas de la envidia: el mismo tiroteo de pullas y de odio disfrazado con sonrisas: las mismas feroces pasiones de celos y de venganza: yo envidio, señora, á la modesta familia de la clase media, que se pasea á pié por una de las alamedas laterales, llevando delante á sus niños, que corren y juegan contentos y llenos de inocencia: veo en el rostro del padre la pura y grave satisfacción del hombre honrado y pun-donoroso: en el de la madre, la santa alegría

de la esposa amada: entre nosotros, señora, si existen los santos afectos de la familia, están amortiguados, ó debilitados al ménos, por otras pasiones, por otras aficiones, por el ocio y el hastío, enfermedades mortales que nos corroen el alma.

El Marqués hablaba con el fervor de la convicción: mas á pesar de esto, y de que Aurora no era falta de talento y de penetración, estaba tan arraigado en su alma el afán de brillar y de penetrar en los salones, que no podía convencerse de que no fuese la alta sociedad un delicioso Edén.

El Marqués, por su parte, pareció como que volvió en sí despues de un penoso sueño: dejó su actitud animada, y de su fisonomía desapareció la expresión de hastío que resaltaba en ella...

Arrepentido tal vez de haber descubierto á los ojos de una mujer tan superficial como parecia serlo Aurora, aquel pliegue de su alma, volvió á dirigirle galanterías con la mirada y con la palabra.